

TIEMPO, ESPACIO Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Manuel Mandianes

Introducción y anecdotario

En el transcurso de mis investigaciones sobre la relación entre tiempo, espacio y nuevas tecnologías, he tenido la oportunidad de acercarme a Galicia, mi tierra natal y objeto de estudio. Es por ello que en la presente exposición se mezclan la dimensión científica de mi quehacer con aquella más profunda de la experiencia humana: mi propia experiencia y reencuentro con la patria.

Ofrezco, entonces, una historia, una línea narrativa plasmada de hitos personales y testimonios recogidos en terreno, de primera mano, pero también avalada por encuestas que hemos conducido en el Departamento de Antropología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Barcelona.

La historia comienza en Galicia. Un señor de unos cincuenta años, tras una partida después de cenar en una taberna del pueblo, me contó que había nacido en una familia, en un grupo que denominamos de codescendencia. Me habló precisamente de sus familiares. Durante su infancia vivían en su casa los abuelos, los padres y los nietos: tres generaciones que se entendían de manera perfecta. Sus hermanos se habían casado con gente de la misma parroquia, mas de una aldea diferente.

En Galicia las parroquias tienen cinco, seis o siete aldeas; sin embargo su influencia va siendo reemplazada por el ayuntamiento, una institución que cada vez va ganando más sentido, después de la transición política española, pero que hasta hace veinte años tenía un sentido prácticamente nulo desde el punto de vista afectivo y sentimental de las personas.

Sus hijas, me decía, por el contrario, se habían casado en donde Dios les había dado a entender: concretamente una, al lado de Galicia, en Venezuela. En la parroquia, ninguna, ni siquiera la primera. Y sus suegros estaban ya a los sesenta años viviendo en una residencia de ancianos, cosa inimaginable que hubiera hecho él con sus padres. Para él era imposible, porque, entre otras cosas, hubiera sido verdaderamente denostado por el resto de la población aldeana.

Me habló también del grupo de residencia o de la unidad mínima de residencia, que era la

aldea. Me contó una anécdota preciosa, pero llena de valor histórico, que ocurrió hace unos veinte años y que ilustra con precisión el cambio que ha experimentado la noción de espacio en el mundo rural. Él era agricultor. Hasta los cuarenta años había afilado sus rejas y azadas en la forja del «señor» José Ramón, que a la sazón tenía ochenta y nueve años de edad. Estaba casado con doña Florinda. Don José Ramón invitó a su mujer a ir a una ermita cercana al pueblo, a kilómetro y medio de aquel lugar. El pueblo, Loureses, está metido en el valle de Fontearcada, regado y atravesado por el río Eiroa. Llegó el día de Nuestra Señora de la Aparecida y subieron cada uno en su respectivo asno. Cuando llevaban andando hora y media y habían vencido la loma del pueblo y se veía el otro valle, a unos tres kilómetros del pueblo, la señora Florinda paró su jumento, se apeó, se arrodilló, levantó los brazos al cielo y dijo: «¡José Ramón, qué grande es el mundo!». Estaban apenas a tres kilómetros de su casa.

Aquella gente, hasta los años cincuenta o sesenta, nunca había salido de su valle; a no ser el herrero, que tenía necesidad de ir a comprar instrumentos y hierro fuera del valle. Hoy en día, el noventa por ciento de la aldea trabaja en Bilbao, en Madrid y Barcelona; como antes lo hicieron en Suiza, Alemania, Holanda y Francia. Incluso algunos atravesaron el charco y jamás volvieron.

Me contó que las influencias que había recibido en su vida eran las de la parroquia, las de la escuela y, sobre todo, las historias que había oído en torno al fuego del hogar. Allí había oído recomponer la historia de su pueblo una y mil veces; la historia de cada familia, la historia de cada uno de los pedazos de tierra y la de cada una de las vacas hasta la décima generación. De tal manera que sabían con precisión matemática por qué ésta era rubia y no morena, y por qué ésta tenía los cuernos más grandes que aquella otra. Y es que, según me explicaba Marcial, que así se llamaba aquel hombre, todo tiene en el mundo una explicación y nada queda al azar. Esto implica, dicho sea de paso, que en determinadas ocasiones los gallegos creen filosóficamente en la libertad, pero se dan cuenta que en la práctica es poca cosa.

La escuela, las parroquias, las charlas en torno al fuego del hogar componían todo su mundo, su filosofía de ver la vida y su manera de pensar. Las influencias externas eran prácticamente nulas. Pero llegaron la radio y la televisión, la carretera y los coches.

Irrupción de los nuevos medios

Personalmente, vi por vez primera un coche a la edad de once años, cuando mi padre me sacó a Xinzo de Limia a lomo de burro para coger el autobús e ir a Orense a hacer el bachillerato.

El día que llegó la primera radio a Loureses se organizó una fiesta esplendorosa. El caos se apoderó de calles y casas. La gente, los hombres sobre todo, llegaban a deshora al trabajo y se recogían a altas horas de la noche, a veces cuando ya otros hombres, más avezados al trabajo, salían de sus casas con la yunta a arar las fincas.

Recuerdo que nos reuníamos todos debajo del corredor del «Tío americano»: un hombre que había ido a América y había regresado con un transistor, el primero que vio la luz en el pueblo. Nos reuníamos todos como a toque de campana o a rezo de ánimas. Todos. No faltaba nadie. Hasta Serafina, que en su juventud había estado en Cuba, pero no había conocido entonces la radio. Cuando Serafina se cansó de escuchar la radio, como estaba al lado de su casa el corredor donde tocaba aquel aparatito, nos echó calderos de agua y nos bañó por segunda, tercera y cuarta vez. Pero nosotros seguíamos impávidos a la sombra del corredor para escuchar la primera radio que había llegado entre nosotros.

Mientras escuchábamos el célebre programa que se titulaba «Fiesta en el aire», algunos se planteaban un problema de física: ¿En dónde se podrían meter tantos músicos? Porque cuando era la fiesta del pueblo, única vez que oímos tocar un instrumento, los músicos venían de todas partes en burros cargados con sus instrumentos. Aquello, decían los de mi pueblo, hacía un montón como un granero.

Nueva concepción del tiempo y del espacio

Con la radio y mucho más con la televisión comenzó a llegar todo tipo de influencias de fuera. La gente empezó a ver lo que nunca había visto y a escuchar hablar de lo que nunca había soñado que podía haber existido jamás.

No fue solo esto lo que ocurrió. Y esto sí que es grave. El calendario popular, las fiestas populares, el espacio tal y como nosotros lo entendíamos dejó de existir. Desapareció por completo. Ya nadie hablaba de la fiesta de San Antonio; de la fiesta de las ánimas; la fiesta de San Antón, o de

San Antonio de invierno; o de la fiesta de la Virgen de Fátima, que tiene lugar el 13 de mayo. Nada. Desapareció absolutamente todo.

El espacio aldeano tenía tres centros fundamentales, que eran como tres epifanías en donde el «más allá» y el misterio del «más acá» se revelaban. Estos eran: el hogar, la encrucijada del pueblo y el cementerio. Son los tres epicentros del espacio tal y como lo puede concebir un hombre rural, una mujer o un niño.

Para nosotros, la muerte era algo completamente familiar. Jugábamos de niño en el cementerio con una pelota de trapo. Hoy, en cambio, los niños gallegos tienen tanto miedo a la muerte como cualquier otro niño de otra parte que no les dejan ni siquiera saber que un ser querido ha muerto. La muerte hoy en día es un trauma para la sociedad. Es un tabú. Hace cincuenta años lo era el sexo y hoy es la muerte. La sociedad no se libra fácilmente de los tabúes, antes bien, los cambia y los transforma.

A raíz de todos estos medios de comunicación y de estas nuevas tecnologías, existe hoy una superabundancia de información tal que el concepto mismo de espacio ha dejado de ser lo que era. Cada noche llamo a mi hermana o ella me llama y me da las noticias que han ocurrido en Barcelona, en donde vivo desde hace quince años, y de las cuales no me entero si no es por su llamada. De tal manera que aquel espacio, aquel mundo perfecto que era Loureses, ha dejado de serlo y los que viven allí están en Barcelona, y los que estamos en Barcelona añoramos no estar ahí.

Hoy lo que funcionan son las redes de gentes, las redes de comunicación, las redes de noticias, las redes de amistades. Desconozco el nombre de los vecinos del edificio en donde vivo; pero me entero de hechos que ocurren a miles de kilómetros de distancia.

Las redes de amistades se fabrican, además, en la fábrica. Alguien me ha informado que en Japón, por ejemplo, hay personas a las que supone un problema enorme el fin de semana, porque no pueden ver a las personas con las que trabajan en la misma cadena durante toda la semana. La gente va a cenar con los compañeros de la cadena, de la fábrica, y no hay más amigos aparte de estos.

Hay padres de familia que durante la semana prácticamente no ven a sus hijos. Salen y se quedan en cama. Para cuando vuelven, éstos ya están dormidos. El diálogo familiar se reduce a poca cosa. Aparte de que la televisión roba una buena parte del tiempo, la gente llega cansada, quiere dormir y no hablar.

El calendario tradicional, que era punto de referencia fundamental para medir la vida ha desaparecido. En la actualidad, el único calendario para el noventa por ciento de las personas

adultas que encuesté en Barcelona es el calendario de la liga de fútbol profesional. No hay otro calendario. Eso no sirve de referencia a la gente, máxime cuando pierde su equipo. Resulta que es el único calendario y debo decir que he recogido una muestra significativa y representativa de la ciudad en donde vivo.

¿Saben ustedes en dónde celebra hoy la gente las vísperas de alguna fiesta? En los supermercados. Atiborrándose de comida, de alcohol, de chocolate. La gente no va a los monasterios a oír cantar las vísperas a los monjes. A los supermercados es el único lugar en donde el noventa y cinco por ciento de la población sabe que mañana es fiesta y en ningún sitio más: ni en la iglesia ni en el ayuntamiento del pueblo. Tampoco en la escuela. Y en los hogares ya nadie habla de estas fiestas. A lo sumo se oye por la radio y además se toma como un precepto, como un decálogo: mañana es el día de la madre por orden de los grandes almacenes El Corte Inglés.

Son el único referente temporal: la liga de fútbol y las vísperas en los supermercados, por orden de las multinacionales y difundidos estos intereses a través, y de manera eficacísima, de los medios de comunicación.

Un político español me contaba hace poco que los partidos políticos no son los que rigen los destinos de los pueblos, sino las multinacionales que están detrás de cada uno de ellos. En España, no les revelo absolutamente nada si les digo que el grupo Prisa está detrás de un partido y el grupo de Telefónica, detrás de otro. Cuando discutieron agriamente el reparto de los partidos de fútbol por televisión, a raíz del surgimiento de las plataformas digitales, los partidos políticos se pelearon y decían que era por cuestiones ideológicas. Hoy, los grupos financieros se han unido y retransmiten los partidos que les interesan. ¿En dónde está la ideología?

Antiguamente, las decisiones se tomaban en el atrio de la iglesia, en el café y, por supuesto, en los parlamentos. Hoy las decisiones se toman según la subida o la bajada de la Bolsa. El hombre rico en la Edad Media era el que poseía tierra; en la Revolución Industrial, el dueño de una fábrica; y hoy, Bill Gates, el dueño de Internet, que por lo demás no existe. ¿En dónde está? Hace un mes, aproximadamente, Bill Gates perdió en un día quince billones de pesetas. ¿Adónde fueron a parar? Es la realidad virtual, que vino bastante después de la radio y la televisión.

Desarraigo y realidad virtual

Hay muchísima gente que sólo vive dentro de la realidad virtual. Hace poco, un niño de catorce años, natural de Murcia, mató con una espada a sus padres y a su hermana, que sufría el síndrome de Down. Ustedes aquí en Japón tendrán imágenes tan patéticas como la del parricidio ocurrido en Murcia. He seguido detenidamente la vida de este muchacho. Había dejado de ir a la escuela. Nadie lo había obligado a retomar los estudios porque el grupo de codescendencia había desaparecido. No sabía en dónde vivía. Nadie le exigía absolutamente nada. Pero su padre, que de vez en cuando lo veía, le cumplía buena parte de sus caprichos. Uno de sus últimos fue que le compraran una espada de samuray que le costó 18.000 pesetas. Precisamente con esa arma mató al resto de su familia. Y este niño no tuvo ningún sentimiento de culpa ni de arrepentimiento, porque la culpabilidad, la responsabilidad moral y la conducta se adquieren en el grupo de cotrascendencia, aquélla que nos da un sentido ético de la vida; aquélla que nos enseña pocos principios, pero fundamentales para la convivencia y para regirnos personalmente.

Este niño había cometido el acto más execrable según la filosofía occidental, que es matar al padre, y no sintió absolutamente nada.

Hemos renunciado al grupo de codescendencia, de coresidencia y cotrascendencia para meternos en un mundo sin límites ni fronteras. Muestra material de ello es la Comunidad Económica Europea. Alguien puede pensar, si vive lejos, que los Estados en Europa han desaparecido. Resulta que no han desaparecido del todo, pero están a punto de hacerlo.

En este mundo globalizado, en este mundo mundial o en este mundo aldea, aparecen más que nunca las sectas, las tribus urbanas, las organizaciones no gubernamentales (ONG) y los nacionalismos. Esto no es en absoluto contradictorio. El hombre es como una planta o un árbol y necesita echar raíces. Necesita estar plantado en algún sitio. Cuando no encuentra límites a su pensamiento, los busca en una secta. Cuando no tiene los límites que proporciona un grupo de coresidencia o codescendencia, los busca en lo que en España y en Europa en general se ha dado en llamar tribus urbanas.

Los sociólogos y los políticos han buscado una razón política a las tribus urbanas y los han tildado de extrema derecha: un peligro nazi, dirían. Esto no se corresponde con la realidad. Según un estudio que realicé sobre las tribus urbanas para un capítulo de un libro, llegué a la conclusión que de extrema derecha no tienen nada. De derecha, tampoco, y de izquierdas, menos. Nada de eso.

Estos eran grupos de jóvenes que necesitaban estar con otros jóvenes, para sentir juntos, para estar unos al lado de otros. Para, en definitiva, no sentirse solos. Porque el mundo globalizado no acompaña a nadie. El que se siente «ciudadano del mundo», como decíamos en mayo de 1968, no se siente ciudadano de nada. La Humanidad no existe. Existen pueblos, grupos, familias, sectas, tribus, nacionalismos y ONG, pero no un colectivo general llamado Humanidad.

Las ONG son el fruto de la caída de las ideologías. No hay en la actualidad, y a mi modo de ver, desgraciadamente, compromisos ideológicos, salvo raras excepciones que no hacen más que confirmar la regla. Los partidos políticos en España tienen pocos afiliados y cada vez se afilian menos personas.

De otro lado, las iglesias en Europa están vacías. Existe un fenómeno muy curioso. En España, un país tradicionalmente católico, o, mejor dicho, nacionalcatolicista, hay muchísima gente de dieciocho años que no está bautizada.

El eterno retorno al origen

Se da en la actualidad una vuelta a lo religioso. No me refiero a una vuelta al cristianismo, al budismo, al protestantismo, al sintoísmo, a las grandes religiones. Es la vuelta de un cierto espíritu religioso que libera un poco al hombre del enganche material que se produce en las personas si no tienen ciertos ideales. Se la ha dado en llamar espiritualidad postmoderna y hasta cierto punto se la ha confundido con el fenómeno «*New Age*» que viene de los Estados Unidos, pero no es exactamente lo mismo.

Asimismo, hay una vuelta a los santuarios. En Galicia, me decía este señor de la historia, allá por los años setenta, cuando los primeros inmigrantes empezaron a regresar de Alemania y Francia, éstos eran enemigos acérrimos de los santuarios y de las tradiciones locales. Hoy, en los noventa, ellos mismos son los más acérrimos defensores de la vuelta a las tradiciones. Ellos creyeron que las tradiciones de los alemanes eran símbolo de progreso; ahora se dieron cuenta de que esas tradiciones no eran símbolo ni de progreso ni de atraso. Eran, sencillamente, tradiciones alemanas y que aquello, entre otras cosas, era la causa de la fortaleza del pueblo alemán, porque un pueblo sin historia no es nadie. Un pueblo sin memoria no es nadie. Y un pueblo sin símbolos no existe. Los inmigrantes empezaron a volver a los santuarios y fueron unos grandes propagandistas.

La gente vuelve a los monasterios los fines de semana o a pasar una semana de retiro. Creyentes, agnósticos y ateos. Hablamos, por supuesto, de gente con medios, porque, de lo contrario, no podrían pasarse una semana de meditación.

Un ingeniero de León que trabaja en Barcelona se compró el pasado año una finca cerca de su pueblo y dos burros. No es un fanático de la conservación de las especies. Los burros están en peligro de extinción, pero este señor no los tiene por ese motivo. Él, sencillamente, quiere recorrer el mundo al alcance de su mano y a la velocidad normal, aquella que le permite hablar con la gente que pasa a su lado, contemplar las flores, estudiar el comportamiento de las hormigas y nada más. No tiene donde ir.

El ingeniero de León es un hombre que ha vuelto a descubrir el mismo mundo de aquella aldea gallega. El mundo del tío José Ramón, el herrero del pueblo, se reducía precisamente al de su burro y para ello, Marcial, quien me refirió la historia, empleaba la siguiente imagen: El herrero clavaba una estaca en el suelo y tendía la cuerda de su burro. Luego hacía girar al animal alrededor, como si tirase de una noria. El círculo que trazara, ése era su mundo. Don José Ramón solía decir: «Nunca fui más allá de mi burro». Era un mundo completamente familiar y al alcance de la mano. Pero no por ello era menos filosófico, menos metafísico y menos cargado de simbolismo y significado. Todo lo contrario: no se hacía nada que no estuviera perfectamente encajado en aquel infinito mundo rural. No añoraban nada y por ello tenían poca necesidad de salir del pueblo, ni siquiera para ir a Xinzo de Limia, que estaba a escasos doce kilómetros.

Conclusión

La gente en general está reaccionando frente a la mundialización. Ésta, creo, ha aportado y puede aportar a la Humanidad cosas extraordinarias, siempre que se conjugue con estos puntos de referencia que son fundamentales en la vida social.

De modo que la violencia no es gratuita. Todo el mundo mata por alguna razón. La violencia se incuba en una sociedad en la que no hay reglas y en la que los individuos viven sin normas, sin las referencias que aportan los grupos de codescendencia y coresidencia. La violencia la explica todo este mundo sin límites y sin normas de una buena parte de la sociedad.

De estos fenómenos debemos percatarnos a tiempo. Es la única forma en que podamos

disfrutar y aprovechar las infinitas posibilidades de las nuevas tecnologías, pero sin caer en el desarraigo de una realidad virtual que nos despega del origen, de la identidad, y que impide que nos nutramos del alimento fundamental con el cual construir nuestra propia moral.